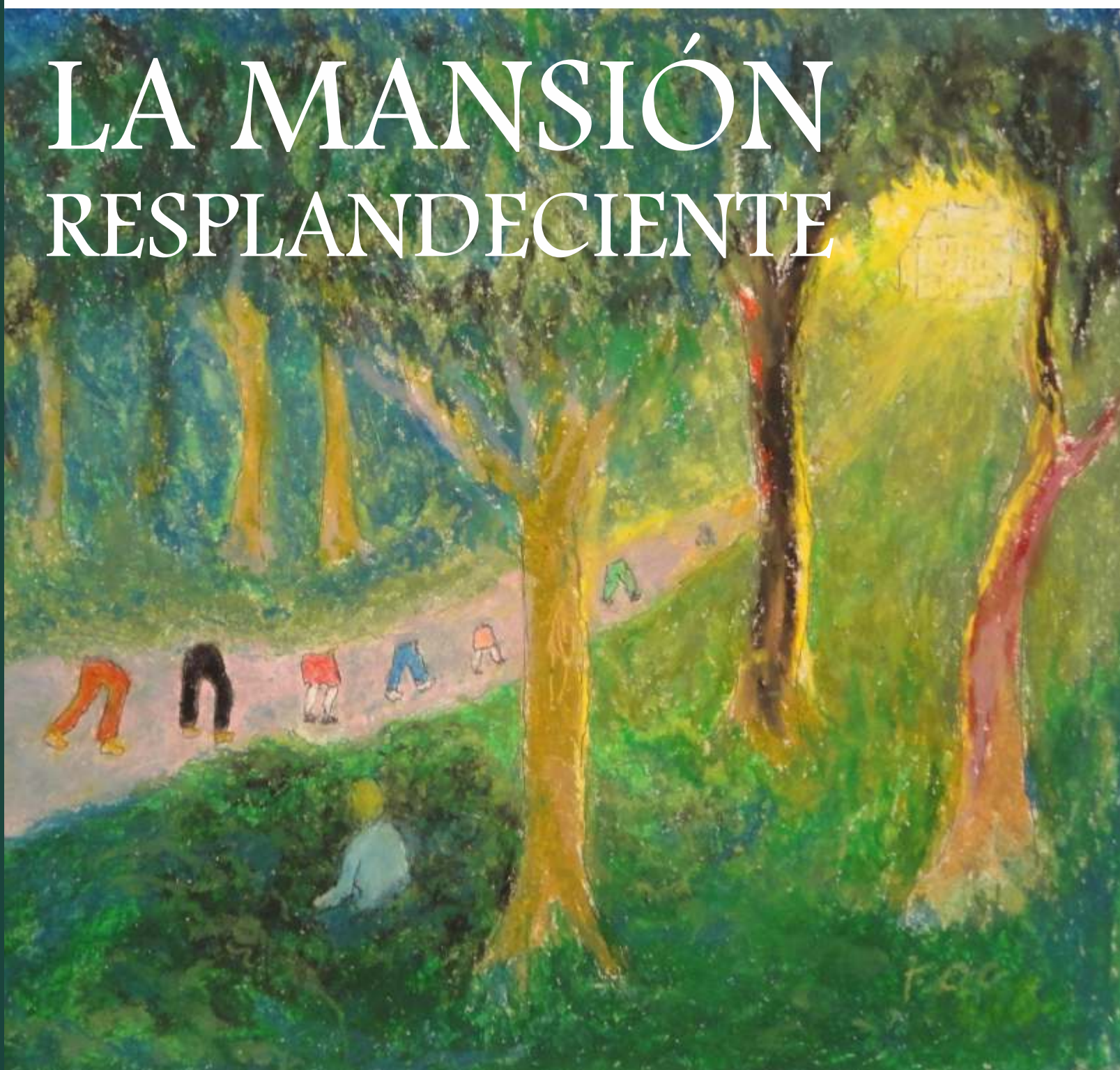


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LA MANSIÓN RESPLANDECIENTE



Fernando Olavarría Gabler

151



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LA MANSIÓN RESPLANDECIENTE

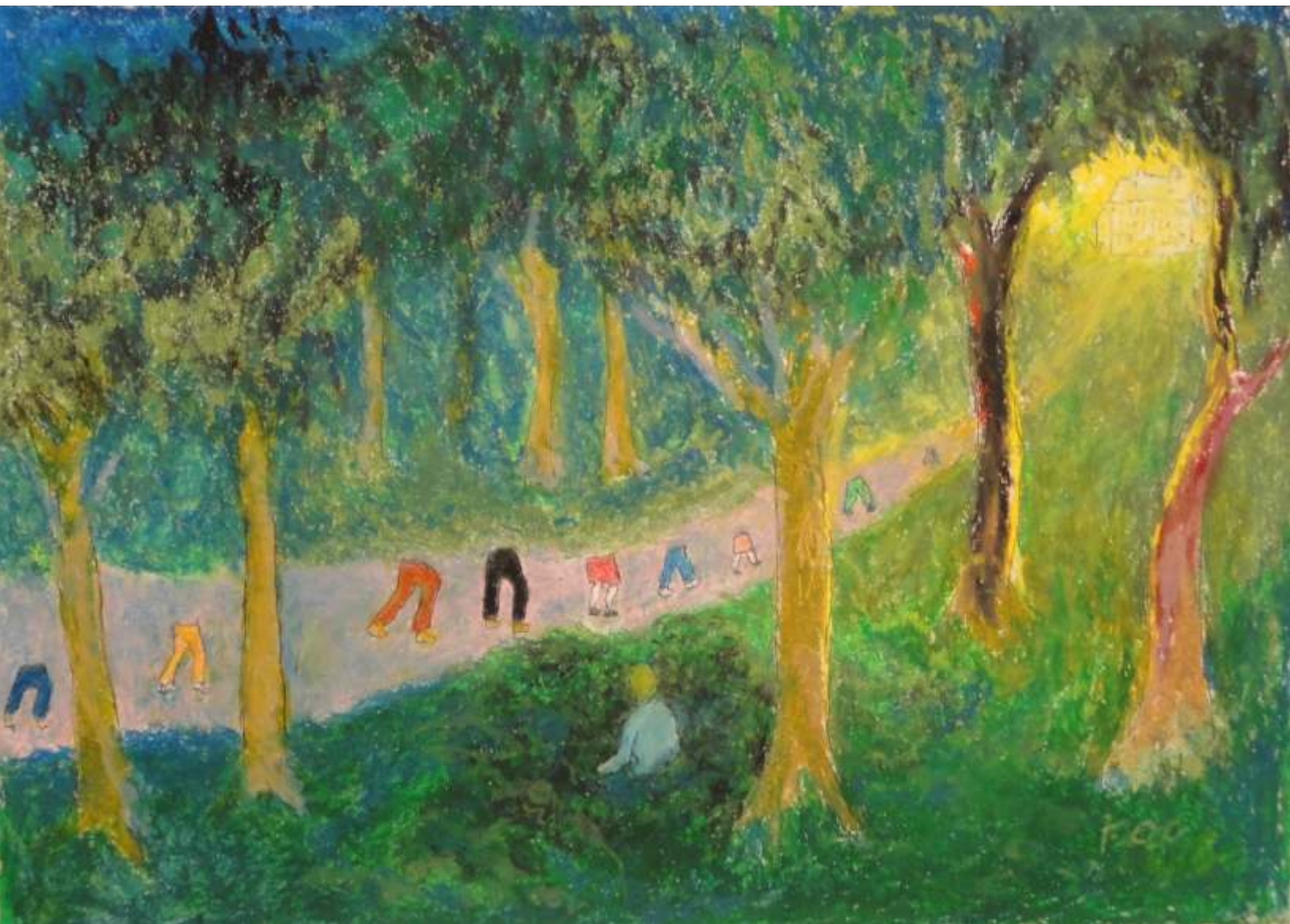
Fernando Olavarría Gabler

Corría el año 1950 cuando me paseaba por el bosque “Los Romeros” en Concón. El día, pleno de sol, había sido caluroso. Un atardecer rojizo con nubes, como vellones dorados, se mostraba magnífico.

Era tan hermoso todo lo que me rodeaba que no percibí que oscurecía rápidamente. En muy poco tiempo me encontré en el sendero del bosque rodeado de árboles sombríos y con escasa visibilidad. A pesar de estar solo me di cuenta de que no tenía la sensación de soledad. Tenía el palpito que mucha gente avanzaba detrás de mí, pero yo no la veía y empecé a tener miedo, miedo que fue aumentando a tal grado que se semejaba al pánico. Atormentado por esta sensación me desplacé hacia el lado del sendero y me escabullí por entre unos matorrales. Uno de ellos, que estaba muy cerca del sendero, estaba hueco por dentro y con gran satisfacción mía pude acomodarme dentro de él sin la posibilidad de ser visto desde afuera. Me senté en el suelo y esperé. Al poco rato oí unos pasos que avanzaban. El dueño de los pasos iba a pasar frente a mí y no iba a descubrir mi presencia. Entonces sucedió algo que no imaginaba. Vi pasar dos piernas; calzaban sandalias y eran visibles solamente hasta la altura de las caderas. Más arriba no se veía nada.

Impresionado con lo que había visto no me atreví a salir del matorral. Pensaba pasar toda la noche dentro de él. A los pocos minutos pasaron varias piernas más. Eran tanto de hombres como de

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



mujeres. Las masculinas llevaban pantalones y zapatos, las de las mujeres tenían medias y zapatos con taco alto. Estuve largo tiempo viendo este silencioso desfile hasta que terminó por completo. Asomé tímidamente la cabeza como si fuera un conejo y al cerciorarme que no existía peligro emprendí presuroso el regreso a mi hogar. Estaba caminando rápido cuando oí una voz de mujer detrás de mí que me llamaba. Lo hacía cariñosamente y pronunciaba mi nombre en diminutivo: ¡Fernandito! . ¡Fernandito!. Me di vuelta y vi a Carmela, la niñera que había tenido en mi infancia. Se aproximó a mí y me acarició la cara. ¿Qué está haciendo a estas horas de la noche por aquí? ¿No tiene susto mi niño?

-Sí- le dije - he tenido mucho susto. Quise preguntarle el porqué de esas piernas que había visto pero ella pareció no escucharme y me dijo que tenía que adelantarse y no me podía esperar. Diciendo esto se alejó rápidamente. A una buena distancia se detuvo y dándose vuelta me dijo: Sígueme, no puedes quedarte solo en medio del bosque. Seguí sus pasos pero ella se perdió en la oscuridad. Sin saber qué hacer continué en mi caminar porque a lo lejos percibí una luz difusa que venía por entre las ramas de los árboles. A medida que avanzaba la luz se veía más intensa y llegó un momento que al final del sendero divisé una gran casa. Era una mansión de tres pisos en la cual todas sus ventanas resplandecían con intenso brillo. Era una imagen grandiosa que invitaba a entrar. Así lo hice. Las puertas estaban abiertas y dejaban ver una gran

antesala intensamente iluminada. Había varios pasillos lujosamente adornados y muchas puertas cerradas. Abrí una de ellas y me encontré con un suntuoso dormitorio cuya cama mostraba un palio del cual descendían velos transparentes.

Había tenido muchas emociones fuertes ese día. Me sentía bastante cansado y esta cama maravillosa me invitaba a recostarme y descansar. Me deslicé por entre los velos y me tendí sobre un suave cubrecama, sin sacarme mi vestimenta. Pronto me quedé profundamente dormido.

Desperté con los zapatos puestos sobre el cubrecama, y me dio vergüenza. Podría habérmelos sacado antes de recostarme.

Una hermosa mañana me saludaba. Unos suaves rayos de sol entraban por las ventanas que tenía frente a mí. En el respaldo de una silla había una chaqueta de color azul marino, me la probé y me quedaba bien. Como tenía frío no me la saqué. Me di cuenta de que en otra pared había una puerta y decidí salir. Llegué a un lindo jardín, muy bien cuidado, y sus flores de múltiples colores emitían suaves perfumes. El jardín tenía varios senderos y me puse a pasear por uno de ellos admirando la belleza de las plantas y las flores que me rodeaban. El sendero se internaba en el bosque y continué caminando para ver hasta donde llegaba.

A cierta distancia divisé una figura humana que se aproximaba adonde yo estaba. Me detuve. Era una linda muchacha, alta, de larga cabellera rubia. Se acercó sonriendo y me saludó ¡Hola abuelo!

Quedé mudo sin reaccionar ¿Por qué me decía abuelo? Soy soltero, tengo veintiún años y ni siquiera estoy casado. La niña quedó algo extrañada ante mi actitud impávida. Abuelo ¿No me reconoces? Soy tu nieta Sofía Andrea.

-¿Mi nieta? Pero no estoy casado. No tengo esposa, ni hijos y tú me dices que eres mi nieta.

-Sí. Abuelo. Soy la hija de tu hijo menor, Rodrigo.

-¿Qué Rodrigo? Soy soltero y no tengo hijos.

-Abuelo. Te debo una explicación, más bien, te orientaré. Tú entraste al Palacio del Tiempo y dormiste en uno de sus aposentos.

-¿Qué tiene que ver eso con el saludo de ¡hola abuelo! Que me has hecho?

-En el Palacio del Tiempo, abuelo, el tiempo está en su auténtica dimensión. Está en el interior del Palacio en el presente, en el pasado y en el futuro. Te dormiste en una habitación del futuro y es por eso que te has encontrado conmigo, en cambio, yo, recorrí un salón del pasado, salí al jardín, caminé por este sendero que conduce al bosque y cuando volvía me encontré contigo. Te reconocí inmediatamente.

-¿Pero, cómo?

-A medida que me retiraba del salón, tu imagen iba rejuveneciendo.

-Así que en ese salón ¿me viste como un viejito?

-Sí. Estabas rodeado de tu esposa y tus cinco hijos.

-¡Qué curioso todo lo que me dices! A lo mejor en ese palacio que está detrás de nosotros, el tiempo no se manifiesta unidimensionalmente como lo captamos nosotros los humanos.

-¿Cómo me dijiste que te llamabas?

-Sofía Andrea.

-Hermosa chiquilla. ¿Llegaste al final del sendero?

-Al final del sendero vi una cosa muy extraña. Era como un tenedor, muy grande. Tan grande como un avión, y zumbaba. Parecía que estuviera a punto de echar a volar.

-Vamos a ver, le dije, y ambos partimos a ver esa extraña cosa.

Sofía Andrea no había exagerado en su descripción. En realidad era un gran aparato metálico de unos seis metros de largo con ¡la forma de un tenedor!, y estaba emitiendo un suave zumbido.

La niña me preguntó ¿Si nos subimos a él, se pondría a volar, Abuelo?

-Hagamos la prueba, le dije. Tú, siéntate en las púas del tenedor, como si fuera una silla de playa, y yo me monto adelante con las piernas colgando.

-Pero Abuelo, me puedo pinchar con las púas, ¿no sería mejor que buscáramos otro avión que tuviera forma de cuchara?

-Esta nave aérea está zumbando. Tengo la impresión que estaba esperando que llegáramos para iniciar su vuelo. Súbete y veremos lo que sucede.

LA MANSIÓN RESPLANDECIENTE



Nos montamos al aparato e inmediatamente se acentuó el zumbido y sentimos que vibraba. Súbitamente aparecieron en ambos flancos unas paredes curvas y transparentes que subieron y se tocaron por encima de nuestras cabezas. Al mismo tiempo, apareció un respaldo detrás de mí que me hizo sentirme muy cómodo y mis pies fueron levantados por unas pisaderas que subieron mis piernas por encima del mango del tenedor. Delante de mí emergieron dos varillas metálicas que podía manejar fácilmente con las manos. Miré hacia atrás y vi que Sofía Andrea estaba también cómodamente recostada, porque habían salido unas almohadas transparentes que sobresalían y ocupaban los espacios entre las púas, transformando la curvatura del tenedor en un mullido sillón.

Pero el avión no despegaba y continuaba zumbando. Entonces se me ocurrió mover las manillas que tenía delante de mí y ¡cosa sorprendente! me di cuenta de que una de las manillas hacía variar la velocidad del avión y la otra hacía variar la dirección. Así, probando cautelosamente, moviendo ambas manillas hice que la nave se elevara lentamente por encima del bosque y después seguimos en un vuelo rápido hasta llegar a una velocidad, casi vertiginosa.

Tras pasamos las nubes y alcanzamos una considerable altura. Abajo se veía América del Sur y gran parte de los océanos Pacífico y Atlántico. Podíamos respirar sin dificultad alguna y la temperatura dentro de nuestra cabina transparente era agradable.

Se me vino a la mente la idea que la nave en la cual navegábamos podría ser una motocicleta espacial del futuro, pero fue una idea fugaz que se desvaneció rápidamente.

Seguimos avanzando hacia las alturas y ahora a una velocidad extrema porque había inclinado al máximo la varilla que daba el movimiento a la máquina. En esos momentos pude comprobar que nuestra nave esquivaba automáticamente las colisiones porque actuaba desviándose sin que yo controlara esos movimientos.

Presentí que íbamos a una velocidad increíblemente grande porque el paisaje cambiaba constantemente. Varios asteroides se aproximaron a nosotros pero la nave los evitaba desviándose elegantemente. El firmamento se veía negro e incontables astros emitían infinitos destellos. El silencio era absoluto y la escena grandiosa. Me volví emocionado para ver cómo estaba Sofía Andrea. La niña continuaba recostada plácidamente y observaba con interés todo ese firmamento que la rodeaba.

Sobrevolamos algunos planetas. Pudimos acercarnos a ellos porque no irradiaban calor. Uno tenía un color rojizo, como si estuviera hecho de terracota. No vi vegetación ni indicios de agua. Su superficie era similar a un desierto. Pensé que estábamos volando sobre la superficie de Marte.

Nos alejamos de allí y llegamos a otro astro cuya superficie era verdosa. Alcancé a divisar dos satélites que giraban alrededor de

él. Disminuí la velocidad y volé muy cerca de su superficie. Éste estaba en gran parte cubierto por nubes y lo poco que alcancé a ver fue una superficie de hielo ¿formado por qué elemento? ¿Por agua?

Había pasado bastante tiempo dentro de la nave y empecé a inquietarme. Miles de millones de astros titilaban alrededor nuestro lanzando destellos de maravillosos colores. Me sobrevino la angustia de cómo podríamos regresar a la Tierra y tener un feliz regreso. Decidí dejar a la nave libre de mi actuación como piloto. Dejé de manipular las varillas y me acomodé en el respaldo de la silla. La nave siguió volando a gran velocidad pero había dejado de zumbiar. Al parecer obedecía la orden de mi pensamiento. Tiempo después divisé la Tierra con su Luna girando alrededor de ella, y después los continentes y océanos. Distinguí perfectamente la costa oeste de África, el Océano Atlántico y gran parte de Brasil. La nave continuaba en su descenso. Pronto apareció a mi vista la Cordillera de los Andes y la zona central de Chile.

Aterrizamos en el bosque, pero no en el mismo lugar del despegue. La nave con aspecto de tenedor, se posó suavemente sobre un terreno libre de árboles y bajaron las paredes que habían formado la cabina. El zumbido desapareció y la nave permaneció inmóvil. Nos bajamos e inmediatamente las varillas, las almohadas de las púas y mi respaldo volvieron a su lugar desapareciendo completamente.

En el claro del bosque donde habíamos aterrizado, había un sendero y nos fuimos caminando por él. Íbamos en silencio. Yo trataba de equilibrar mis pensamientos para llegar a un claro raciocinio. Tuve la idea que nos habíamos encontrado con una nave espacial del futuro, que estaba apertrechada con todas las cosas necesarias para viajar hacia otros mundos. Estuvimos tan bien que nos fue posible viajar con comodidad y también evitando los peligros que se nos presentaron. Le pregunté a Sofía Andrea qué le había parecido el viaje y me respondió algo que no alcancé a oír porque había echado a correr hacia una imagen que brillaba al final del sendero. Era la Mansión Resplandeciente . . .

¡Espera! – le grité y eché a correr detrás de ella pero fue imposible alcanzarla. El edificio empezó a desvanecerse cuando Sofía Andrea entraba a él. La Mansión del tiempo había desaparecido con todos sus personajes. Tendrían que pasar muchos años para volver a verla, pensé entristecido.

Qué lástima no haber llegado a la Mansión y haber recorrido sus habitaciones para encontrar a la mujer que va a ser mi esposa. Habría sentido una gran felicidad de conocerla. Me la imagino alta de estatura, rubia, de ojos azules y de una mirada santa que expresa toda la pureza de su alma. ¡Qué mujer tan maravillosa! Ya me siento enamorado de ella sin aún conocerla.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airoлга
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templo Curativo de Yi Sheng
- 122 El soldado ruso
- 123 El taco
- 124 El Vendedor ambulante
- 125 El viaje del Científico a la Isla de los Diamantes
- 126 La Dama Azul
- 127 Congrio a la corneta
- 128 El Jabalí Rinoceronte y El Palacio de Oro
- 129 El Elefante de Plata
- 130 Insólito despertar
- 131 El Gallo verde
- 132 Jack in the Box y la Diligencia Transparente
- 133 El Afilador de Cuchillos
- 134 El Ratoncito de Oro
- 135 El Molino de agua y el retrato de Cecilia Gallerani
- 136 El Árbol de Navidad
- 137 La veleta de la casa del vecino
- 138 La Granja
- 139 El marcapaso cerebral
- 140 Dos hechos inexplicables y uno no.
- 141 Los singulares ojos de Fly Mosquiati.
- 142 La alfombra blanca.
- 143 El Puente
- 144 La Barcaza de pan
- 145 La Mansión de las Hadas
- 146 Una especial celebración
- 147 Sofia Andrea y el abuelo volador
- 148 AORATI GYNAIKA
- 149 El Duende del ladrillo
- 150 Magdalena Paz y el gnomo Losarig
- 151 La Mansión resplandeciente
- 152 Martiño y la Mariposa Maribel
- 153 El Gigante y su hijita



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.